

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.



SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*El que siembra vientos recoge tempestades*, por doña Angela Grassi.—*Una tarde en mi Valle* (poesia), por D. Evaristo Silió y Gutierrez.—*La Bendicion paterna* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Anacreóntica*, por D. M. Jorrito P.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 855.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.

REVISTA DE MODAS.



L Prado con sus deliciosas noches, el Retiro con sus poéticas mañanas, y los Campos Elíseos con sus conciertos al aire libre, han venido á fijar definitivamente el estío, dándole la fisonomía que le es propia en la capital de España. Pintorescas bandadas de encantadoras jóvenes cruzan en las primeras horas del día las alamedas que hicieron ya las delicias de la galante corte de Felipe IV, y difícilmente podríais reconocer en ninguna de aquellas caprichosas pastoras, á la elegante joven que por la tarde se dirige á los Campos ó al Salon del Prado envuelta en nubes de flotantes gasas, arrastrando la bien nesgada y majestuosa cola de su ampuloso traje.

En efecto: el contraste entre los atavíos de la mañana y los de la tarde no puede ser mas completo, y fuerza es confesar que las elegantes madrileñas se muestran dignas intérpretes de la Moda.

El traje corto goza de un favor sin igual, que nosotros le vaticinamos desde luego, y bien se vé que fuimos excelentes profetas: el traje largo está reducido á marcadas ocasiones, y entre uno y otro preséntase modesto el traje redondo, ni corto ni largo, que no barre el suelo ni descubre el pié. Esta innovacion se debe á S. M. la Emperatriz Eugenia, que ha querido dar una prueba de moderacion poniendo límite á la exajeracion de las colas. No dudamos que su ejemplo será aceptado, en particular por aquellas personas que no queriendo por su edad y carácter dar pretensiones á su atavío, reniegan sin embargo de la incómoda cola de sus trajes.

En los cortos la túnica ó sotana encima continúa siendo indispensable, y el miriñaque reducido tambien, reconociendo su error las que en un momento de extravío quisie-

ron prescindir de él. Desterrados con harta razon y buen sentido están los miriñaques que hacian de nuestra falda un globo; pero error contrario es querer que el traje nesgado se ciña á los talones, ni mas ni menos que la túnica griega. Las que lo intentaron, se van arrepintiendo de su audacia!

Llévanse, pues, miriñaques reducidos con los trajes cortos, que, como ya hemos dicho, se confeccionan de dos telas, con túnica abierta al costado encima, y cuerpo ó chaquetilla escotada y unida en los hombros, dejando ver el cuerpo interior correspondiente á la primera falda. El grana, el azul Prusia y el blanco, son los colores mas admitidos para traje inferior, haciendo el superior negro: no obstante, se han hecho algunos, todos de un color, en foulard ó tela sultana, los que se han completado con mangas perdidas á lo judía, que no carecian de elegante severidad. Esta manga, sin embargo, la creemos mas en armonía con el traje largo, al que sirve de complemento majestuoso. En los trajes de seda conviene particularmente esta manga, acompañando al traje camiseta interior con manga justa de encaje debajo de la perdida. En estas, dos formas se disputan la preferencia: la manga judía que se prolonga en punta, y la manga griega que es cuadrada y baja abierta desde la pegadura. Esta es preferible en muchas ocasiones.

En trajes largos sigue tambien dominando la túnica y la doble falda, levantada por echarpe de seda, gasa ó tul, segun la tela del traje, que para esta hechura se aconseja siempre ligera y vaporosa. El tul se emplea mucho como adorno de trajes de verano, Lien en igual color, bien de color contrario, y en vano trataria de buscarse adorno mas característico de la estacion. El verano exige solo tules, gasas y flores!

Entre las telas mas generalmente adoptadas figuran el organdí, la granadina, gasa Chambery, foulard y lanas

abrillantadas, como la sultana, alpaca, etc. Entre las últimas creaciones de verdadera novedad, citaremos un vestido de tafetan gris-tierra, llamado jardinera, por el bordado de colores que le adorna. Este gracioso vestido, muy nesgado, con cuerpo alto y manga justa, lleva por delante formando delantal, dos guirnalda de espigas, amapolas y campanillas, bordadas con seda de colores; otra cenefa igual baja por detrás desde el talle al término de la cola, y bordado semejante adorna el cuerpo por delante, el escote, bajo de la manga y puntas del cinturón, que se anudan por detrás. Debe acompañar á este traje sombrero de tul blanco bullonado, con ala ondeada, y bridas de tul sujetas por un grupo de flores silvestres, semejante al que adorna el ala por delante y termina el sombrero por detrás.

Otro traje, digno de notarse, es de muselina blanca con doble falda, adornada la primera de tafetan verde, que forma cenefa en barras perpendiculares, y la segunda, orillada de un volante con cabeza verde, cuya falda va levantada en ambos costados desde la cintura. Cuerpo escotado en cuadro y adornado de bieses verdes, cinturón verde, manga justa y camiseta alta, plegada, le completan; debiendo acompañar á este traje vaporoso un sombrero de paja de arroz, con cordón de perlas alrededor de la copa, rosa al lado izquierdo, y bridas blancas que se anudan por detrás.

Aunque hemos dado modelos recientes de trajes de niñas, hoy recomendamos uno para niña de ocho años, compuesto de dos faldas de muselina estampada de lunares azules, y paletot holgado de la misma tela, todo guarnecido de

bieses de seda azul, y el paletot, además, de fleco de cristal. Sombrero de paja con cinta azul y pluma blanca, completan este traje infantil.

El tamaño reducido de los sombreros, motiva sin duda la preferencia que este año les conceden las lindas madrileñas. Otros estíos, el sombrero era postergado al sencillo velo de encaje, mas fresco y airoso, pero en el presente el sombrero se ve tan atendido como la mantilla. Los mas generalmente admitidos son de tul y paja de arroz, colocados como un gracioso adorno en la parte superior del peinado. No obstante, muchas lindas pollitas ostentan la graciosa toquilla de tul blanca ó negra, que avanza en pico á la frente y se redondea cuatro dedos mas arriba del talle, anudándose las puntas por detrás. Un lazo de encaje con grandes caídas sujeta el pico de la toquilla ó capucha sobre el peinado. Esta, que puede llamarse novedad de la estación, es un adorno impregnado de frescura y coquetería, que sienta admirablemente á un rostro de diez y ocho años.

Cerraremos estos apuntes recomendando la enagua blanca larga para vestir, indispensable si han de sentar bien y estender la cola de faldas Imperio; hácense con muy poco vuelo por arriba, mucho por abajo, y con grande cola que despide la del vestido. En este género de enaguas se admite como principal adorno los volantes encañonados, que es el principal y mas á propósito para estas prendas, destinadas á lucirse en las infinitas ocasiones en que se recoje el traje.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL QUE SIEMBRA VIENTOS RECOJE TEMPESTADES.

De todas las ciencias de la vida, quizás la mas espinosa es la de la mujer colocada en el centro de la familia. Eje en torno del cual giran los diferentes afectos, los diferentes caracteres de los individuos que la componen: foco de luz del cual parten todos los rayos que deben iluminarlos, no hay deberes mas difíciles de llenar que los suyos, ni que envuelvan en sí tanta responsabilidad ni tan grande trascendencia. De su conducta dependen la paz, la prosperidad, el bien futuro de la familia. Primer eslabón de una cadena que debe prolongarse hasta los siglos mas remotos, de su solidez depende que esta cadena termine en el cielo ó en el abismo. ¡Cuánta abnegación, cuánta prudencia, cuánta mansedumbre, cuánta firmeza necesita, ya para doblegarse ante la legítima autoridad del esposo, ya para hacer frente á las primeras exigencias de los hijos, ya para conciliar entre sí sus voluntades! Semejante al músico que con mil distintas cuerdas, con mil extrañas discordancias pro-

duce armonías deliciosas, combinándolas y modificando á las unas por medio de las otras, la mujer debe procurar que los elementos heterogéneos que concurren á la formación de su familia, formen un todo acorde y armonioso. Preciso la es para esto estudiar con incesante afán la índole y el carácter de cada uno, porque tal vez la educación que convenga á éste al otro le perjudique. ¡Cuánto tacto necesita para hacer vibrar la fibra sensible de los que la rodean, y explotar para el bien sus buenas ó malas cualidades! ¡Cuánta sagacidad para templar el rigor, quizás demasiado severo del padre, sin rebajar ni el mas pequeño quilate del prestigio que debe gozar como jefe de la casa!

Es este un punto sobre el cual las esposas cometen mayores yerros, sin pensar en los gravísimos perjuicios que originan.

¡Cuántas hacen testigos á sus hijos de sus domésticas querellas, cuántas les hacen peligrosos confidentes de sus resentimientos! No reparan en pintar á sus ojos con vivísimos colores los defectos ó los vicios de su padre, y hasta descienden á ponerse de acuerdo con ellos para engañarle y eludir sus órdenes. Esta conducta es mucho mas frecuen-

te de lo que pudiera creerse, y esto consiste en que la mujer no reflexiona, no pesa las consecuencias de un proceder tan imprudente.

Da natural desahogo á sus penas, y no piensa que con esto se prepara penas mayores en lo sucesivo.

Para que el padre sea respetado es preciso que la madre dé el ejemplo de la sumision y del respeto.

La autoridad que se discute deja de ser autoridad; la virtud que se comenta, pierde la pureza de su brillo.

La mujer jamás debe interponerse entre el padre y los hijos para hacer á éstos jueces de la conducta de aquel: porque no se venera al que se tiene derecho de juzgar, ni se acatan los consejos del que tiene en sí mismo defectos que corregir.

A la madre incumbe cultivar los tiernos sentimientos del niño, desarrollar su sensibilidad, y hacerle, en una palabra, semejante á sí misma.

La madre debe presentarse á sus ojos como la benéfica Providencia, siempre dispuesta á amar y á perdonar. Pero ahí se limitan su poder y su mision, que quedaria incompleta, si otro sér mas fuerte, mas esclarecido que ella, no estuviese destinado á terminarla.

En el corazon del hombre germina el mal al mismo tiempo que el bien; desde que nace se disputan su corazon y le tiranizan los buenos y malos instintos, las buenas y malas pasiones. Si necesita una mano que le sostenga, un amor que le reanime, necesita tambien una voluntad enérgica que le imponga su deber y le obligue á que triunfe de sí mismo; necesita una luz superior que le esclarezca.

No le bastan, además, la fé y el amor para vivir en el mundo; necesita aprender una ciencia, un arte, un oficio que le proporcione en lo futuro una subsistencia para sí y sus hijos. No le basta ser amoroso y sencillo; necesita ser probo, enérgico é ilustrado.

Desde que el hijo ha traspasado los umbrales de la risueña infancia, toca al padre cojerle de la mano y conducirle por la senda de la vida. ¡Ay de él si no tiene una ciega confianza en este guia experimentado, amoroso y prudente! ¡Ay de él, si menospreciando sus avisos, tuerce de vía y sigue la senda que elige su capricho!

La frente juvenil que no se inclina con santo respeto ante la cabeza encanecida de su padre, no se inclinará tampoco delante de sus maestros, é indócil y engreído, no hallará valla que le contenga al borde del precipicio, porque la veneracion es una planta tan delicada, que solo florece cuando se arraiga en el corazon desde la mas tierna infancia.

El mundo está formado de armonías; como la mujer y el hombre son seres nulos é imperfectos si no se enlazan y completan, es nula é imperfecta la educacion del niño, si el padre y la madre de consuno no unen sus esfuerzos para que produzca ópimos frutos. Pensar otra cosa es un absurdo.

Así pues, la mujer que desprestigia al marido, que socaba su autoridad, labra la ruina de sus hijos, al mismo tiempo que su propia ruina, porque estos jóvenes corazones, emancipados del blando yugo que debia refrenar sus ímpetus y dirigirlos al bien, mañana darán justo pago de ingratitudes á su imprevision y lijereza.

Para corroborar tan triste aserto, buscaré un alto ejemplo, que registra la historia en sus verídicos anales.

Tal fué el de D.^a Jimena, esposa de D. Alfonso el Magno.

Este gran Rey, que dió tanto esplendor á la reciente Monarquía española, abatiendo la soberbia arrogante de los moros, reedificando iglesias y ciudades, y dando sábias y prudentes leyes á sus vasallos, no supo conciliarse el amor de su esposa.

Nada dicen las historias acerca de la clase de resentimientos que pudiese tener del Rey D.^a Jimena. Quizás fué porque, empleando todos los tesoros de su erario en la construccion de monumentos públicos, pusiese sobrada tasa á sus gastos; quizás porque, preocupado con sus proyectos gloriosos, no atendiese bastante á los reclamos de su cariño; quizás tambien porque se asimilase mal á su gravedad goda la lijereza del carácter francés, pues D.^a Jimena, que antes se llamaba Amelina, era una señora de la sangre de los Reyes de Francia, y habia sido educada en su corte, siempre mas galante y disipada que la nuestra.

Sea cualquiera la causa del odio que profesaba á su marido, lo cierto es que todos los historiadores están contestes en que ella encendió en el corazon de sus hijos una saña injusta contra su padre, y que despertó en sus pechos juveniles la ambicion de poseer la corona y manejar el cetro.

Por sus consejos, con su ayuda, rebelóse D. García, el mayor, contra aquel que le habia dado la existencia, con grande escándalo del mundo.

D. Alfonso, así que supo el extraño caso, revolvió sus armas victoriosas contra su ingrato hijo, vencióle en una batalla, y persiguiéndole hasta Zamora, le hizo prisionero, y le mandó guardar en el castillo de Cauzon.

No desmayó por esto la Reina, y acudiendo secretamente al Conde de Castilla, que era suegro de D. García, hizo que declarase la guerra á su marido, entrando por sus tierras con un ejército numeroso y aguerrido.

Tambien los otros dos Infantes, D. Ordoño y D. Fruela se declararon abiertamente por su hermano, en contra de su padre.

Nada hubieran sin duda conseguido, si D.^a Jimena, ocultando con la mayor reserva sus manejos, no hubiese permanecido en la corte, abusando traidoramente de la confianza que el Rey la dispensaba. Ella presidia los Consejos, tomaba nota de todos los acuerdos, de todas las medidas que se iban á poner en planta para atajar el paso al enemigo, y daba á éste secreto y puntual aviso. Con semejante estratagemas, el desventurado Alfonso, invencible hasta entonces, perdía cuantas batallas presentaba, y veía por todas partes humillada su bandera.

No pudiendo vencer aquel enemigo invisible, y trabajado su ánimo por tantas pesadumbres, cedió al fin el pobre padre á su mala estrella, y renunció la corona en D. García, muriendo al año siguiente, quebrantado por el oprobio de su derrota, y la amargura que le causaban las ingratitudes de sus hijos.

Quizás D.^a Jimena, deseosa de reinar, se halagaria con la esperanza de hacerlo á la sombra de su hijo; pero el cielo justo, nunca deja al culpable sin castigo.

La primera diligencia de D. García fué la de encerrarla

en un convento, y allí vivió muchos años la infeliz, reclusa y despreciada, asistiendo al desastroso fin de sus tres hijos.

¡ Pronto se pierden los bienes mal adquiridos !

A los tres años de su coronación murió D. García. Sucedióle D. Ordoño, que si gozó vida mas larga, fué un tejido de calamidades y sinsabores, y dejó el cetro á Fruela, que solo reinó catorce meses, y murió cubierto de una lepra espantosa.

¡ Oh, cómo debía humillar su culpable frente la infeliz

D.^a Jimena, cada vez que uno de estos golpes viniese á herir su corazón de madre ! ¡ Cómo debía hacer resonar los ecos del claustro silencioso con sus lastimeros gemidos, reconociéndose única autora de tamañas desventuras ! ¡ Cómo gritaría desde el fondo de su corazón á todas las madres venederas : *No socabeis jamás la autoridad paterna, amparo de la familia; no sembréis nunca vientos que produzcan tempestades, porque el rayo de esas tempestades abrasará vuestras frentes !*

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

UNA TARDE EN MI VALLE.

¡ Tarde horrible ! El horizonte,

La alta esfera negro velo

Recubrió :

Triste, oscuro estaba el monte,

Triste el valle, triste el cielo,

Triste yó.

En medio al cuadro sombrío,

De pavora todo acento

Feneció :

Mudo estaba el manso río,

Muda el ave, mudo el viento,

Mudo yó.

De la aldea á la cabaña,

Buscó un sér mi vista... en vano

Le buscó :

Sola estaba la montaña,

Solo el bosque, solo el llano,

Solo yó.

Y ¡ ah ! tras el negro horizonte,

Solo el poder soberano

Que hoy logró,

Que ni una flor guarde el monte,

Ni una el bosque, ni una el llano,

Ni una yó.

Del tiempo á la ruda saña,

Seremos en este arcano

Que él formó,

Polvo estéril la montaña,

Polvo el bosque, polvo el llano,

Polvo yó !

EVARISTO SILIÓ Y GUTIERREZ.

LA BENDICION PATERNA.

(CONTINUACION.)

II.

Sor Teresa.

Virginia, que así llamaremos á la jóven mendiga, ya que conocemos su verdadero nombre, se hallaba en una de las salas del hospital, muy débil y muy abatida ; pero completamente fuera de todo peligro.

A pesar de la demacración de su rostro se advertían en ella rasgos característicos de una belleza poco comun ; tenía la tez blanca, y los ojos y los cabellos negros, lo que formaba un contraste precioso con la espresion de infinita dulzura que se reflejaba en su fisonomía. Era muy jóven, apenas si habria cumplido 26 años, y ya en su frente habia marcado el dolor y la miseria su primera arruga.

Una Hermana de la Caridad se acercó con tierno cariño á presentarle un medicamento.

—Vamos, mi querida señora, que ha dormido Vd. un ratito, y eso es ya una gran mejoría, dijo la religiosa con una voz simpática y dulce.

—Es verdad ; me siento muy bien, gracias ; pero podria Vd. darme noticias de mi marido y de mis hijos ?

—Su marido de Vd. sigue mejor ; acabo de informarme de una de las Hermanas que le asisten, y me ha dicho que pregunta sin cesar por Vd. y por los niños.

—Ah, pobre esposo mío !... murmuró Virginia enjugándose una brillante y cristalina lágrima que, apareciendo súbitamente en sus ojos, se deslizó á lo largo de sus mejillas.

—Los niños están bien ; por tranquilizar á Vd. mandé á preguntar por ellos, y le han dicho al demandadero que están buenos y contentos.

—Muchas gracias, mi buena Hermana, es Vd. una santa, y estoy vivamente reconocida á la bondad de Vd., contestó Virginia esforzándose por ahogar la emocion que sentia.

—Veo que sufre Vd. mas moral que físicamente, y es

necesario sobreponerse á todas las contrariedades de la vida, mucho mas cuando hay seres que tienen derecho á nuestra ternura.

—¡Soy tan desgraciada!...

—Lo comprendo, y adivino un poema de dolor á través de su sufrimiento; pero consuélase Vd. y espere con resignacion mejores tiempos; hay en la vida épocas bien aciagas; yo tambien he sido víctima de la adversidad, y sin embargo he buscado en Dios el consuelo de todos mis males, dijo la Hermana con tan santa, con tan cristiana unción, que Virginia no pudo menos de mirarla con cariño y al propio tiempo con respetuosa admiración.

Sin saber porqué aquella religiosa le era muy simpática, y allá entre los confusos recuerdos de su mente creía distinguir un rostro y una expresión angelical muy semejante al de Sor Teresa, que así se llamaba la religiosa.

—Hace mucho tiempo que está Vd. aquí? Yo no sé por qué me parece haberla visto en alguna parte, dijo Virginia incorporándose un poco y mirándola fijamente.

—Hace ocho años, y dificulto que me haya Vd. visto en Madrid, pues desde que vine me he consagrado al cuidado de los enfermos, y casi nunca abandono este santo asilo, que ha sido para mí un refugio benéfico.

—¡Oh! pues insisto en mi idea.

—Quizá en Mahon, mi pais natal; desde allí vine aquí. Son los únicos puntos que he recorrido hasta hoy.

—Efectivamente, allí ha sido, ahora lo recuerdo; pero Vd. pertenecía á una de las principales familias, dijo Virginia.

—Sí, señora, contestó Sor Teresa, mi padre era un acaudalado comerciante de aquella ciudad, que por reveses y contrariedades, muy frecuentes en los hombres de negocios, perdió toda su fortuna, y fué tanta su desesperación al verse arruinado, que intentó varias veces suicidarse; mi amor y mis caricias le contuvieron; pero no pude evitarle una horrible hipocondría que le condujo en pocos meses al sepulcro. Yo era hija única, y quedé huérfana, sin recursos, porque hasta mis vestidos los vendí para satisfacer á los acreedores que me asediaban; al propio tiempo me sentí herida por un engaño horrible, ocasionado por el hombre que debía ser mi marido, y á quien yo idolatraba ciegamente; entonces, conociendo que mi felicidad no estaba en el mundo, busqué un refugio en la religion, y me consagré á curar los dolores de la humanidad, tarea bendita que me proporciona una recompensa muy grata en las bendiciones que recibo constantemente.

—¿Y no ha vuelto Vd. á ver á su amante? preguntó Virginia.

—No, señora, ni es fácil que él sepa mi paradero, porque me vine á Madrid sin comunicar á nadie mi resolución, y desde que visto este santo hábito llevo un nombre diferente del mio.

—¿Cómo se llamaba su padre de Vd.? dispénsese esta curiosidad; pero hace rato que estoy dando vueltas á mi imaginación y no puedo recordarlo.

—Se llamaba D. Pedro Miguelet.

—¡Ah! entonces Vd. es Segismunda, la prometida de Jaime Illescas.

—La prometida, no señora; no llegué á entablar con él

sérias relaciones, á pesar de que le amaba mucho y tenia pruebas tambien de su cariño. Su verdadera prometida lo fué Virginia Parral, una señorita de aquí de Madrid que fué por temporada á Mahon, y con la cual llegaría sin duda á casarse, porque no he vuelto á saber ni del uno ni de la otra.

—Virginia no le amaba; Virginia se casó con otro, y ha sido bien desgraciada por cierto, y no podía ser de otro modo, pues al casarse no recibió la bendición de su padre, y no puede haber felicidad en el matrimonio sin la sanción paterna.

Al decir esto brotaron de los ojos de la doliente jóven raudales de lágrimas.

—No sé qué presentimiento me hace creer que Vd. tiene una inmediata relación con esa familia, ¿por ventura es Vd. Virginia? dijo Sor Teresa.

—La misma; yo soy la causa de la desgracia de usted, aunque causa inocente, pues cuando fui á Mahon, ya tenia relaciones con el que hoy es mi marido, y nunca pude amar á Jaime.

—No era posible que yo reconociese en Vd. á la brillante señorita que hizo tanto ruido en Mahon por su hermosura y por sus riquezas.

—Ahí verá Vd. lo que son las vicisitudes de la vida humana, dijo Virginia enjugando sus lágrimas. Voy á corresponder á la confianza de Vd. contándole mi triste historia; pero antes, para mi tranquilidad, quisiera obtener su perdón por los males que involuntariamente la he causado.

—Por Dios, señorita, yo nada tengo que perdonar á usted; no me ha ofendido, ni me hizo daño ninguno aunque se hubiera casado con Jaime, porque en este caso, él solo sería el culpable.

—Pues tampoco él debe tener culpa ninguna, y acaso usted ha obrado muy de ligero al juzgarle. Me consta que deliraba por Vd., á mi nunca le ligó un compromiso de mútuo acuerdo; ambos en apariencia consentimos en el plan que nuestros padres tenían formado muchos años hacia de unirnos en matrimonio; la voz se divulgó, y hasta llegó á fijarse época para nuestro casamiento.

—Eso supe yo, por lo cual abandoné á Mahon y me vine á Madrid sin decir una palabra á Jaime, porque coincidió esto con la ruina de mi padre, y francamente, aunque mi amante me daba continuas pruebas de cariño, cuando supe que se casaba con Vd., creí que la prefería por las riquezas; entonces no oí mas voz que la de mi orgullo ofendido, y le dejé sin escucharle y sin dejar que se disculpase.

—Vea Vd. cómo las apariencias engañan muchas veces. Yo estoy en la convicción de que Jaime es digno del cariño de Vd., y quién sabe si será muy desgraciado.

Sor Teresa bajó la cabeza con abatimiento; en su angelical semblante se reflejó por un instante una viva expresión de dolor, cerró los ojos como para impedir el paso á las lágrimas, y murmuró, juntando las manos sobre las rodillas:

—¡Ay! ¡es tan susceptible la desgracia!... Yo me creí herida por la ingratitud, y este horrible dardo ha estado traspasando mi corazón por espacio de ocho años; en fin, sería esta la voluntad de Dios.

—Permítame que la abrace, mi querida Segismunda;

siento por Vd. un cariño sin límites, y quiero depositar todas mis penas en su noble corazón.

—Con mucho gusto, hija mía; pero borre Vd. ese nombre de su memoria; Segismunda no existe, y únicamente Sor Teresa escuchará las confidencias de Vd.

Aquí fueron interrumpidas las dos jóvenes por otra Hermana que llamaba á Sor Teresa.

—Buscan á Vd. dos caballeros, la dijo, y esperan en la sala inmediata.

D. Telesforo y Jaime se habían informado por amigos que tenían en el Hospital del nombre de la religiosa que cuidaba á Virginia, y deseaban hablarla para recomendarla, y que la atendiese según la clase á que pertenecía.

Cuando la Hermana se presentó en la sala, Jaime hizo un vivo movimiento de sorpresa, se retiró á un lado para que la luz de una lámpara diese de lleno en el rostro de la religiosa, y la contempló con creciente interés, esperando con verdadera ansia á que hablase para escuchar el metal de su voz.

La joven se adelantó, y sin fijarse en él saludó dulcemente, de esa manera modesta y tímida, pero sin embarazo, con que las Hermanas de la Caridad saben presentarse.

D. Telesforo la dijo el objeto que le llevaba al Hospital, sin declarar que la enferma por quien se interesaba era hija suya.

—¡Oh! no debe Vd. tener cuidado por esa señora; crea usted que ha encontrado en mí una amiga cariñosa, y que nada le faltará; así que esté en disposición de levantarse, y mientras su marido se pone bueno, pasará á ocupar una habitación independiente, donde Vd. podrá verla sin duda alguna.

—Eso es lo que no haré, hermana mía; quiero que ignore completamente que hay una persona en el mundo interesada por ella. Me constituyo desde hoy en su protector, y la mandaré todos los meses una cantidad respetable, para que sin verse obligada á mendigar, pueda vivir con decencia; mas no quiero que me agradezca este beneficio ni me conozca; en las señoras desgraciadas suele haber mucha susceptibilidad, y pudiera ser que llevada de un falso orgullo rechazase mi donativo, prefiriendo implorar la caridad pública.

—Bien, caballero, estoy en el deber de respetar la resolución de Vd.; digno acuerdo que, dicho sea de paso, no puedo menos de aplaudir en el fondo de mi corazón.

—En ese caso, la suplico se sirva entregarla esa cantidad, y le agradeceré me informe diariamente de su salud, sin que ella lo sepa; vendré yo mismo ó este caballero á buscar noticias suyas.

Al decir esto, D. Telesforo se apartó para presentar á Jaime. Los ojos de Sor Teresa se fijaron entonces en él, y sintiendo un estremecimiento súbito al conocerle, dió un grito, y estuvo á punto de desmayarse.

—¡Segismunda!... ¡Tú aquí!... ¡y en este traje!... exclamó Jaime tan conmovido, que apenas entre sollozos pudo articular estas palabras.

Sor Teresa lloraba, su emoción se deshizo en lágrimas; pero era un llanto dulce, benéfico, era el rocío del consue-

lo que refrescaba su pobre alma, enardecida hasta entonces por el ciego del desengaño y de la amargura.

Ambos jóvenes sentían latir su corazón bajo un mismo impulso, el del amor. Nunca en su pecho se había enfriado este purísimo afecto, adormecido quizá por el resentimiento y por la ausencia; era como un oculto volcán que estalla repentinamente avasallándolo todo, sobreponiéndose á todos los humanos obstáculos.

Se vieron, y el fuego que ardía en sus almas se encendió como por encanto, hallándose el uno delante del otro, trémulos, conmovidos, sin fuerzas para rechazarse, y sin valor para sostenerse en aquella inesperada y excepcional situación.

Agotadas las fuerzas de Sor Teresa, se vió obligada á buscar un apoyo inmediato, y puso la mano sobre el hombro de Jaime; éste, conociendo que vacilaba, rodeó su cintura con el brazo derecho.

D. Telesforo, que los contemplaba atónito, se apresuró también á tomar una mano de la religiosa, la que, como una flor que dobla su tallo, tronchada por el soplo de la tempestad, había inclinado la cabeza sobre su pecho.

—¡Vida de mi alma! exclamó el joven á su oído; hace ocho años que te busco sin cesar!... ¿Verdad qué me amas todavía?...

Un estremecimiento nervioso fué la respuesta de la religiosa; tenía embargado el uso de la palabra; pero sus lágrimas y su emoción decían mas que cuanto hubieran podido pronunciar sus labios.

De repente se escuchó el sonido de una campana, que debía ser una señal para las Hermanas, porque reponiéndose de súbito Sor Teresa, exclamó tendiendo ambas manos á los dos caballeros;

—Adios, señores, me llama la Superiora; mañana hablaremos.

—Adios, hasta mañana!... murmuró con débil acento Jaime, despidiéndola con una de esas miradas que son una revelación, un mundo de reproches, de recuerdos ó de ternura.

La religiosa desapareció, llevando la consoladora idea de que no estaba sola en la tierra, de que había un sér que suspiraba por ella, y de que no todos los hombres son ingratos y falsos en este mundo.

La infeliz, herida en su fibra mas delicada, había buscado en la religión un refugio á su dolorosa soledad.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

ANACREÓNTICA.

Fugaz tortolilla
Que saltas y juegas,
Y en cánticos tristes
Arrullas y vuelas,
Los bosques cruzando,
Cruzando las vegas,
Cerniendo tu vuelo
Allá en la floresta,

Jugando en las flores
De mas grata esencia,
Sus hojas picando,
Libando su néctar,
Meciendo en su tallo
Que el céfiro besa
Con débil murmullo
Tus alas de seda,
Que bates alegre
Y al cielo te elevas.
¿Por qué ni un instante
Tus alas me prestas,
Que cruce el espacio
Que cruce las selvas,
Los prados, los montes,
La fértil pradera,
Los mares, los cielos,
Los grupos de estrellas,
Los fúlgidos astros
Que alumbran la tierra,
Las nubes de gasa
Que vagan inciertas?
¿Por qué ni un instante
Tus alas me prestas
Fugaz tortolilla
Que cantas y juegas?
Mas ¡ay! yo no puedo
Volar cual tú vuelas;
No puedo lanzarme
Cual rápida flecha,
Que rauda recorre
La cóncava esfera.
Mas ya que no puedo,
Detente siquiera
Y escucha mis tristes,
Mis amargas penas,
Y sólo tú escuches,
Que nadie comprenda
Las dudas que excitan
Mi pesar, mis quejas.
Cerca de un arroyo
Que derrama perlas,
Rociando mil flores
Que al lado se encuentran,
Del verde ramaje
De una enredadera
Colgadas, formando
Coronas diversas,
Una niña habita
Como Vénus bella,
Como el cielo hermosa,
Como el lirio tierna,
Pura, cual si fuese
La misma inocencia,
Blanca cual el blanco
Cáliz de azucena,
Rubia como un rayo
De la luz febea.
Halléla una tarde

¡qué nunca la viera!
Con un corderillo
Jugando en la yerba;
Alzando su frente,
Miróme, mirela,
Y bajó sus ojos
Llenos de vergüenza:
Andaba Cupido
Traidor tras de ella,
Y á mí, y á la niña
Clavónos sus flechas.
Mi amor la sostiene,
Su amor me alimenta,
Siempre en ella pienso
Y en mí siempre piensa;
Si por mí suspira
Suspiro por ella;
Desde que Cupido
Clavónos sus flechas,
Ni me alegra nada
Ni nada la alegra;
Si de ella me acuerdo,
Si de mí se acuerda,
Ni en el sol hay luces,
Ni en la flor esencia,
Ni en el aire vida,
Ni en la mar riqueza,
Y apesar de amarla,
De tanto quererla,
Estoy, tortolilla,
Muy lejos de ella.
Ya ves si son justas
Mis amargas penas,
¡Ay! ¡si yo pudiese
Volar cual tú vuelas!
Vé tú, y no te tardes,
Con alas ligeras,
Y un beso de amores
Deposita en ella;
Dile que la quiero,
Dile que la ausencia
Mi cariño enciende,
Mi pasión aumenta,
Su pasión aumente,
Su cariño encienda;
Dile cuanto la amo,
Dile... lo que quieras.
Mas ¡ay! si me olvida,
¡Tórtola!... no vuelvas.

M. JORRETO P.



MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 855.

FIG. 1.^a TRAJE DE CAMPO.—*Vestido* de tela sultana gris, adornado con bieses de igual tela, vivos y botones negros.

Falda corta con patas de la misma tela, que figuran volver de adentro, ribeteadas y sujetas por botones, y falda de encima mas corta aún, y adornada de tres bieses alrededor con vivos y botones: de trecho en trecho se colocan encima botones figurando carteras.

Cuerpo muy escotado y unido en el hombro por un lazo, semejante al adorno de biés que rodea el escote, y sirve de cinturon con fleco de pasamanería al pié, y caídas por detrás terminadas por pasamanería.

Camiseta alta con manga larga.

Sombrero de paja de arroz con cintas y bandó de seda grana, adornándole un encaje alrededor y una amapola entre espigas al lado derecho.

FIG. 2.^a TRAJE DE RECIBIR EN CASA.—*Vestido* de seda blanco con bieses, ondas y bordado de seda del mismo color.

Falda Imperio cerrada con bieses por delante que se continúan alrededor, y bordado de seda verde encima formando guirnalda. Esta falda deja ver por delante la enagua de batista con gran volante.

Cuerpo alto con igual adorno de biés y bordado, y manga griega cuadrada y abierta desde la pegadura con biés, y bordado alrededor y en el hombro: manga interior justa de seda blanca.

Cinturon verde.

Peinado de bandós altos y ondulados, y moña alta; completan el peinado dos bandós verdes.

FIG. 3.^a TRAJE PARA NIÑA DE CUATRO AÑOS.—*Vestido* de granadina rosa con cuerpecito de escote cuadrado, y manga corta de bullones: cinturon de terciopelo negro con adornos de pasamanería al pié.

Explicacion del Figurin de Peinados.

FIGS. 1.^a y 2.^a *Peinado* compuesto de bandós rizados, castaña y grupos de sortijillas y tirabuzones postizos.

Ejecútase este peinado abriendo una raya de una á otra oreja y otra en medio de la frente, y rizando el pelo de cada rizo, que se coloca en bandó vuelto, pero flojo y muy bajo: un grupo de sortijillas ocupa el centro de ambos, y los cabellos de atrás se recojen en castaña, colocando al pié grupos de sortijillas y dos largos tirabuzones. Rosas sueltas van al pié de la castaña y entre las sortijillas de la frente, cruzando además un bandó de cinta y perlas sobre la moña y parte superior de la cabeza.

FIG. 3.^a *Peinado* de dobles bandós, trenzas y tirabuzones.

Ábrese raya para este peinado como para el anterior, ondulando el pelo de cada rizo y colocándole en bandó caído sobre la frente, trenzando el resto del cabello de cada

rizo con cuatro ramales, cuya trenza se prende detrás de la oreja: el cabello de atrás se reparte en dos largos tirabuzones, acompañando algunos postizos además el resto de la cabeza. Adorna este peinado una guirnalda de coral y hojas acuáticas que cruza sobre los bandós, y ramas de hojas verdes y secas que se enlazan entre los tirabuzones.

FIGS. 4.^a y 5.^a *Peinado* de rulós á la cara, y retorcidos con molde por detrás.

Este peinado original se ejecuta abriendo raya estrecha, y otra en el centro, haciendo con el pelo de cada rizo cuatro retorcidos, el mas alto hácia abajo y los otros hácia arriba, completando el peinado á la cara una sortijilla postiza y sujeta á una horquilla, que se prende en los extremos de los rulós mas altos. El pelo de atrás no se ata como de ordinario, se hacen tres partes; con la del centro un retorcido grueso perpendicular, dejando el resto de cabello arriba; con el de la derecha, un grueso cordon de dos ramales, con molde, que se coloca en diadema muy alta, recogiendo en él el cabello que sobró del retorcido anterior, y con la parte tercera se hacen dos largos tirabuzones. Un entredós de azabache colocado delante del cordon, adorna únicamente este peinado.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

Núm. 1. *Pañuelo* con cenefa de aplicacion de tul y guirnalda encima, bordado á plumetis.

Núm. 2. *Cuello*, bordado al minuto y feston.

Núm. 3. *Puño* correspondiente.

Núm. 4. *Esquina* para pañuelo, bordado al pasado.

Núm. 5. *Entredos*, bordado al pasado.

Núm. 6. *Idem* ancho para enagua ó falda interior, bordado á punto Méjico con algodón ó seda de color.

Núm. 7. *Idem* para igual objeto, bordado con trencilla.

Núm. 8. *Cenefa* de aplicacion de muselina sobre tul para sabanilla de altar.

Núm. 9. *Esquina*, bordada á feston con aplicacion de cuadros de malla, para antimacasar ó velos de butaca.

Núms. 10, 11, 12, 13 y 14. *Cifras y nombres*, bordados á plumetis.

Los patrones que van á la espalda son de una túnica ó sotana para encima de falda corta, con almenas por arriba y por abajo. Esta sotana, que deja ver una cuarta de la falda primera, sube por el cuerpo hasta la mitad de él. Puede hacerse negra ó de tela igual á la primera falda, ribeteándola alrededor con cinta de un color que corte, y se compone de *espalda*, *costadillo* y *delantero*; antes de cortarle debe tomarse medida del largo y añadirle si le falta. Las otras tres piezas son de un *peplum* de pico por delante y por detrás, cerrándose por delante con botones.

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.